

AMANECER OSCURO

Carlos F. LÓPEZ GÓMEZ

Estudiante de doctorado de la Facultad de Geografía e Historia
de la UNED de Calatayud

Primer Premio del XI Concurso Literario. Modalidad Relato Breve

Abrió los ojos. Poco a poco los fue abriendo. Miró hacia su izquierda, hacia Oriente. El sol estaba empezando a aparecer. Es lo único seguro de esta vida. El sol siempre aparece, aunque uno no sabe muy bien dónde va a estar cuando eso suceda. Le dolía mucho la cabeza y sentía peso sobre su cuerpo. De repente, tuvo miedo. No sentía las piernas, ni los pies, ni las manos. Se concentró y comprobó con alivio que era capaz de mover los dedos de los pies. Luego los de las manos. Pero seguía notando peso encima. Se dio cuenta de que estaba tumbado sobre el barro. Incorporó un poco la cabeza y observó que tenía sobre él un cadáver oprimiéndole el pecho. Como pudo, sacó fuerzas para girarse hacia su izquierda y empujar aquel cuerpo sin vida hacia un lado. Aquello ya estaba mejor. Ya podía respirar sin dificultad. Volvió a quedarse boca arriba y sus ojos se quedaron fijos mirando al frente, hacia el cielo, que empezaba a tener ese color azul claro tan propio de la mañana. Se quedó pensativo. Algo no iba bien, nada bien. Cerró los ojos y se concentró, como cuando logró mover los dedos. Pero esta vez no hubo respuesta a su concentración. Dio vueltas a su memoria, a su cabeza, tratando de encontrar un estímulo que no llegaba, hasta que se dio cuenta de que no sabía que hacía allí, cómo había llegado hasta allí y, lo más importante, no tenía ni idea de quién era. Estaba completamente desorientado y ese maldito dolor de cabeza no ayudaba a mejorar. Se llevó la mano izquierda hasta la parte trasera de la cabeza, por encima de la nuca. Notó que estaba sangrando levemente y que tenía sangre seca alrededor de una brecha que palpó con los dedos. El dolor era muy intenso y provenía directamente del golpe que, seguro, había recibido. Intentó incorporarse y logró sentarse no sin cierta dificultad. Miró alrededor. Estaba en un campo de batalla, de una batalla ya terminada. Los cadáveres yacían por todas partes, sobre el barro o amontonados entre sí. Le pareció oír algún gemido. Sin duda, algún desdichado aún luchaba por su vida en medio de aquel panorama dantesco. Quiso ponerse de pie. Al apoyar su mano derecha sobre el barro, notó algo metálico. Era una empuñadura. La cogió y rescató del lodo una espada enorme. Entonces se miró a sí mismo y vio que llevaba puesta una cota de malla. Sobre ella una especie de túnica blanca muy manchada y algo bordado en el centro, a la altura del pecho. Estiró como pudo la tela y vio que lo que estaba bordado era una cruz de color rojo. “¿Soy un templario?”, pensó. Sintió un cierto alivio. Seguía sin saber siquiera su nombre, pero por lo menos, ya sabía lo que era. Por fin, logró levantarse. La cabeza seguía do-

liendo y tuvo cierta sensación de mareo, pero pudo mantenerse en pie. Vio que, a su izquierda, a unos treinta metros había una edificación. Tenía aspecto de paridera. Se acercó y abrió la puerta. Había muy poca luz dentro y olía a heces de ganado. Junto a la puerta había una ventana. La abrió y la luz que entró permitió al templario ver algo en el suelo que parecía moverse. Cogió con fuerza la espada y la puso delante de él, apuntando a aquello que había dentro de la paridera y que se desveló como un hombre que yacía en el suelo y que parecía haber recobrado la consciencia hacía algunos minutos. El hombre se percató de la presencia del templario y, desde el suelo, clavó su mirada hacia el caballero. El hombre era moreno y tenía barba, como el templario, y vestía una especie de túnica blanca sucia, con un calzado de cuero atado con cuerdas y que terminaba en punta. El templario comprendió enseguida que aquel hombre de la paridera era un sarraceno y la situación empezó a no gustarle en absoluto. Estaba tan confuso que no lograba organizar sus ideas y era incapaz de saber que había que hacer en un caso como éste. Seguramente podría levantar la espada y dejarla caer con fuerza sobre el cuerpo de aquel sarraceno. A fin de cuentas, era un enemigo, pero no se sentía capaz de matarlo a sangre fría dentro de aquel cubículo maloliente. Pensó que lo mejor era hacerlo prisionero. Sí, sin duda era la mejor opción. Pero ¿cómo iba a hacerlo prisionero? ¿A dónde lo iba a llevar? No sólo no sabía su nombre, sino que ni siquiera sabía dónde estaba. No, tal vez era mejor idea matarlo. Con eso se acababa el problema. Lo más práctico era blandir la espada sobre el cuerpo de aquel tipo. Además, estaba empezando a levantarse y miraba al templario con ojos de odio, mientras pronunciaba palabras que el templario era incapaz de entender. El sarraceno terminó de incorporarse y empezó a acercarse al templario, mientras lo señalaba con el dedo índice de su mano derecha y hablaba a gritos un idioma que el templario desconocía por completo. El caballero levantó la espada delante de él, amenazante y con la esperanza de que el sarraceno dejara de acercarse. Lo consiguió durante algunos segundos, en los que el sarraceno observó la espada con dudas y miró al templario con desprecio. Tras una pausa midiendo fuerzas, el sarraceno volvió a avanzar. El templario echó un paso hacia atrás, confuso e indeciso. Moviéndose torpemente la espada y, sin querer, clavó la hoja en el muslo derecho del sarraceno. Éste empezó a gritar de dolor mientras se llevaba la mano al muslo y miraba al caballero con una expresión de odio e incredulidad a la vez.

El sarraceno cayó al suelo, gritando y sangrando profusamente por su pierna derecha. El templario soltó la espada y se abalanzó sobre el sarraceno con intención de auxiliarle, aunque éste no lo entendió así. Forcejearon mientras el templario trataba de explicarle que le había herido sin querer, pero el musulmán no entendía ni una palabra. Finalmente, las fuerzas del sarraceno empezaron a flojear y quedó tendido en el suelo, sabedor de que estaba en las manos del caballero cristiano. El templario se rasgó la parte baja de la túnica que llevaba y logró sacar una cinta larga de tela. Con ella, hizo un torniquete en la parte superior de la pierna para que la herida dejase de sangrar. El sarraceno, que esperaba haber llegado al final de su vida, miró con incredulidad al templario, mientras éste trataba de curar su herida, en vez de matarlo. El templario quería taponar la herida, pero sabía que, con unas ropas tan sucias, aquello sólo podía empeorar, por lo que era fundamental sacar al sarraceno de allí y llevarlo a un lugar mejor para curarlo. Enfundó la espada en el lado izquierdo y ayudó a

incorporarse al sarraceno por su lado derecho. No hablaban el mismo idioma, pero la mirada del templario al musulmán mientras le ayudaba a incorporarse, bastó para que éste comprendiera que no tenía que intentar ninguna maniobra sospechosa. Los dos hombres salieron de la paridera, con el musulmán apoyado sobre el caballero cristiano para poder avanzar. Ninguno de los dos iba sobrado de fuerzas, aunque el templario parecía más fuerte en ese momento. Sin embargo, el sarraceno era algo más alto y de complexión un poco más robusta. De hecho, mientras avanzaban por el lodo, el templario se preguntaba si había hecho bien en mantener con vida a aquel hombre que, en circunstancias normales, podría revolverse con facilidad.

Después de caminar unos cien metros, se podía ver bastante humo y unas casas a unos quinientos metros más adelante, al otro lado de una suave ondulación del terreno. Tras unos pocos pasos más, lograron llegar a un camino y pudieron salir del lodo que lo cubría todo. Se pararon sin soltarse. El templario miró al sarraceno con interés por su herida, pero el musulmán estaba sufriendo por el dolor y cada paso lo dejaba un poco más exhausto. Además, el torniquete impedía el correcto paso de la sangre y empezaba a notar la pierna adormecida. El sarraceno no era capaz de seguir. Se mareaba. Agachó la cabeza y miró hacia el suelo. Le costaba respirar y tenía ganas de vomitar. El templario lo cogió con fuerza y lo animó a continuar. El musulmán apretó los dientes y levantó la cabeza para intentar seguir andando. Entonces, al mirar al frente, la expresión del sarraceno cambió por completo. Los ojos estaban abiertos de par en par y la respiración se agitaba. El templario se dio cuenta y buscó con la mirada qué era lo que estaba alterando tanto a aquel hombre herido. En seguida lo entendió. Acercándose a ellos, iban dos jinetes a caballo. No necesitaron acercarse mucho más para que el caballero se diera cuenta de que los dos jinetes llevaban cota de malla, túnica blanca y una cruz roja en el pecho. Eran templarios. Estaba salvado. Y el sarraceno también. Se quedaron quietos, a la espera de que los nuevos templarios llegaran. El caballero estaba esperanzado. Necesitaba llegar a un lugar seguro para organizar sus ideas, aclarar su mente y, con la ayuda de sus compañeros, empezar a recordar su identidad, su origen y su función en aquel lugar. Cuando los dos jinetes llegaron a la altura del templario y el sarraceno, frenaron sus caballos y observaron con expresión de extrañeza la escena que tenían delante. Los dos caballeros miraban con curiosidad al sarraceno, mientras éste les devolvía la mirada con intensidad. El templario intervino entonces para aclarar lo que estaban viendo, tratando de explicar brevemente lo que había sucedido desde que había recuperado el conocimiento. Al escuchar aquellas palabras, los dos jinetes templarios se miraron entre ellos con enorme sorpresa y bajaron del caballo rápidamente mientras desenvainaban sus espadas. El templario pensó que, sin saberlo, había debido de capturar a algún sarraceno importante, ya que su explicación no sólo no había calado a sus compañeros, sino que éstos se disponían a detener con las espadas en la mano a aquel hombre herido, sin fiarse de su aparente debilidad. Sin embargo, cuando llegaron a su altura, vio con estupor que las espadas no apuntaban al sarraceno, sino a él. El sarraceno cayó desmayado al suelo y uno de los dos templarios fue hacia él. Lo cogió y lo llevó al caballo mientras el otro seguía poniendo la espada sobre el pecho del caballero. El templario de la espada empezó a hablar, con voz grave y firme, pero el caballero no entendió ni una palabra. No sabía que estaba pasando. No

recordaba quién era ni qué hacía allí. Pero, además, tampoco entendía el lenguaje. Era incapaz de comunicarse. Se sentía cada vez más confuso. ¿Qué estaba pasando? ¿Había muerto y el infierno se cernía sobre él? ¿Ésa era su condena? Y si lo era, ¿de qué pecados se le acusaba? No lo podía saber. No se acordaba de nada. Empezó a dolerle la cabeza con una intensidad insoportable. Sintió que se mareaba. Todo le daba vueltas. Oyó a lo lejos a sus dos compañeros templarios intentar hablarle, pero ya daba igual. Notó como se desplomaba y como los brazos y las manos caían sin tensión contra el suelo. Todo se oscureció a su alrededor. Ya no oía nada.

Sancho estaba exhausto. La batalla estaba siendo encarnizada, pero su sentimiento del deber era tan profundo que le obligaba a seguir sin descanso. Desde que había sido admitido en la orden del Temple, sentía que formaba parte de la gran misión que suponía la protección de los Santos Lugares. Y eso que nunca había luchado allí. Su objetivo era ayudar a extender los dominios del reino de Aragón a costa de los musulmanes peninsulares. El apoyo templario reportaría nuevos señoríos a la orden y la posibilidad de generar nuevos beneficios con los que financiar las actividades en Jerusalén. Pero esa extensión del reino se estaba complicando ahora. La batalla estaba igualada y las bajas estaban siendo muy numerosas por ambos bandos. Sancho no disfrutaba matando, aunque sabía que la guerra era matar o morir, y él estaba preparado para la guerra. Había llovido y el suelo era un lodazal, empeorado por las pisadas de los combatientes y por el paso febril de los caballos. El suyo había muerto alcanzado por varias flechas y hacía tiempo que se veía envuelto en la batalla cuerpo a cuerpo. Acababa de terminar con éxito su último enfrentamiento cuando, de repente, recibió un enorme golpe en la nuca que hizo que su casco saliera volando por los aires. Se quedó aturdido, tambaleándose y con unos intensos pitidos en los oídos. Se giró como pudo, observando confuso cómo las imágenes ante sí giraban más rápido de lo que lo hacía su propio cuerpo. Vio al sarraceno que le había golpeado con una maza, y que estaba dispuesto a volver a usarla para asestar el golpe definitivo. Sancho quiso levantar su espada, pero no la tenía en la mano. Se le había caído tras el golpe. Hizo un esfuerzo por mantener el equilibrio, pero se dio cuenta de que estaba perdido. Era el final. Al caer de espaldas sobre el barro pudo ver como no quedaba demasiado tiempo para que el sol se pusiera. Lo siguiente que vio fue al sarraceno, de pie, junto a él, levantando la maza para darle el golpe de gracia. Pero el musulmán no tuvo la opción de hacerlo, porque cuando iba a descargar toda su fuerza sobre su enemigo, un templario a caballo apareció tras él para atravesar su cuerpo con la espada. El sarraceno emitió un sonido sordo y se quedó sin respiración. Inmediatamente, su cuerpo inerte cayó sobre el pecho de Sancho, que respiraba con dificultad por el golpe y por el peso de aquel cadáver sobre él. Oscurecía en el cielo y en la mente de Sancho. Perdió la consciencia.

Rakim no era un mercenario, ni quería ir a la guerra. Sólo quería vivir de su pequeño negocio de herrero, encontrar una mujer y que ésta le diera hijos. Si fuese capaz de ganar más dinero, entonces tendría una o dos mujeres más. Pero había que

ir con calma. Primero una y luego las demás. No quería aparentar una posición que no tenía. Aunque eso, ahora, carecía de importancia. El avance de los cristianos era constante y al-Andalus iba viendo como su esplendor se desvanecía por el empuje de los infieles. Los grandes líderes musulmanes quedaban para el recuerdo mientras los cristianos devoraban todo a su paso. Rakim no tenía dinero para costearse un caballo, de modo que llevaba horas jugándose la vida en el cuerpo a cuerpo, matando soldados cristianos que, no eran otra cosa que campesinos, alfareros o herreros como él. No le gustaba nada matar, pero la guerra era matar o morir. No había más opciones. De repente se dio cuenta de que los soldados cristianos que aparecían ahora en el campo no tenían el mismo aspecto que los anteriores. Estaba claro que habían llegado refuerzos con mejores armas y mejores protecciones personales. Además, luchaban con una destreza impresionante. No quedaba duda de que eran mercenarios, profesionales de la guerra. Sólo algunos de ellos y los caballeros nobles eran capaces de costearse esas buenas armas y esas buenas protecciones. Los cristianos empezaban a ganar posiciones de verdad. El empuje de los mercenarios hizo que las tropas musulmanas tuvieran que retroceder y el panorama se complicó mucho más cuando aparecieron en escena tres caballeros templarios montados a caballo. Los templarios actuaban sin piedad, con una precisión milimétrica en sus acciones, propiciada por duros entrenamientos y constante disciplina. La presencia de los templarios afectó en la moral musulmana y las tropas tendieron a replegarse más. En ese momento, Rakim comprendió que la batalla estaba entrando en la fase final y que la victoria iba a ser cristiana. Se olvidó de sus obligaciones, de la lucha, de al-Andalus y de lo que fuera que le obligaba a estar allí. No importaban el honor ni la mezquindad. Sólo quería vivir.

El templario se despertó sobre un colchón de paja. Había dormido bastante mal durante toda la noche. Se incorporó y se asomó ligeramente por las rejas de la única ventana que tenía la habitación. El sol estaba empezando a aparecer. Es lo único seguro de esta vida. El sol siempre aparece, aunque uno no sabe muy bien dónde va a estar cuando eso suceda. Llevaba un vendaje en la cabeza, que no impedía que le doliera como si su cráneo quisiera abrirse en dos. Miró a su alrededor, aún con cierta dificultad porque se sentía mareado y notaba dolor y presión en las cuencas de los ojos. Se dio cuenta de que estaba en una especie de mazmorra improvisada. Por el aspecto de la habitación, parecía más bien una bodega, aunque ahora se había convertido en su prisión. Junto a la puerta cerrada alguien había dejado un plato de madera con un pedazo de pan encima y una jarra de agua al lado. Se acercó y bebió agua. Le reconfortó en alguna medida. Dejó la jarra y volvió a su montaña de paja acumulada en un rincón que le servía de lecho. Estar acostado liberaba algo la tensión en su cabeza, aunque el dolor seguía siendo horrible. Pero lo más horrible era, sin duda, que seguía sin conocer su identidad. Era capaz de identificar cosas sin problemas. Conocía la ropa templaria, identificaba con facilidad la indumentaria de un sarraceno, sabía lo que era una jarra de agua, o un caballo e incluso había sido capaz de deducir sin problemas que la estancia en la que estaba era una mazmorra improvisada. Sin embargo, no sabía su nombre. Su pasado estaba completamente

borrado de su memoria y mirar su vestimenta templaria no le ayudaba a recordar sus orígenes. No era capaz de poner en la mente su entrada en el Temple, ni su llegada al campo de batalla. Es más, quiso echar más para atrás y se dio cuenta de que no recordaba su niñez. Su vida era como un pergamino en blanco y no tenía junto a él a ningún escribano que redactara sus vivencias. Y, además, cada vez que se concentraba para buscar en su memoria, la cabeza le dolía más y no era capaz de seguir. Quería pensar que necesitaba una señal, una simple señal que desbloqueara todo aquello que él mismo había vivido. Aunque, realmente, no estaba seguro de si esa señal podría funcionar, o era sólo el deseo de que pudiera funcionar.

La puerta de su prisión se abrió. Entró un hombre de estatura media, tendiendo a baja, con una barba fina, moreno y con el pelo corto. Nada más entrar aquel desconocido, la puerta se cerró de golpe tras de sí. El pestillo corrió por fuera y la habitación volvió a quedar cerrada.

Sólo quería vivir. El resto no le importaba. La confusión del campo de batalla aumentó con el avance de los cristianos y Rakim no era capaz de pensar con claridad. Pero, en ese momento, cuando más agobiado estaba, el sarraceno vio que el mejor escondite lo tenía ahí mismo, en el campo de batalla. Los cuerpos se amontonaban, incluso algunos encima de otros. Con los soldados moviéndose de manera anárquica y el desorden reinando en todas las direcciones, Rakim optó por deslizarse por debajo de uno de los cadáveres que se acumulaban sobre el barro. Se colocó boca abajo para tener una buena visibilidad de lo que le rodeaba y, a la vez, para poder hacerse el muerto con mayor facilidad. Además, por si acaso, seguía empuñando – aún tumbado en el lodo y con un muerto encima – una espada corta que se había fabricado para él mismo en su taller.

Estuvo mucho tiempo en esa posición, o a él le pareció mucho. Una eternidad. Había visto volar flechas en dirección a los cristianos que avanzaban y hacía algún tiempo que sólo veía dos templarios a caballo. Tal vez el otro había muerto. Las fuerzas parecieron volver a igualarse y la batalla no estaba tan perdida. Lo peor era que la batalla cuerpo a cuerpo se había trasladado de nuevo a la zona en la que él estaba. Cerró los ojos con fuerza. Oía las voces, los gritos, las espadas chocando entre ellas y las mazas golpeando contra los huesos. Oía la muerte. Abrió un momento los ojos y justo en ese instante un sarraceno cayó muerto junto a él, con los ojos muy abiertos y un hilo de sangre saliendo de su boca. Parecía como si lo estuviera mirando. Pero pronto dejó de hacerlo, porque el templario al que hacía tiempo que no veía en su caballo estaba luchando cuerpo a cuerpo justo en ese lugar. Pisó el cadáver que acababa de caer y lo hundió un poco en el barro, ocultando su cabeza. El templario parecía estar retrocediendo el terreno avanzado a causa de la presión de los musulmanes, hasta el punto de que no pudo percatarse de que un sarraceno con una maza estaba justo detrás de él. El sarraceno asestó un violento y certero golpe sobre la nuca del templario, de abajo a arriba. El casco salió volando por los aires y el caballero se quedó quieto, congelado durante unos segundos, mientras dejaba caer la espada de su mano. A continuación, se tambaleó tratando de mantener el equilibrio. Se giró y pudo ver al musulmán que le había asestado aquel golpe que podía ser mortal. Sin

ser capaz de mantener la verticalidad, el templario cayó de espaldas como si ya fuera un cuerpo muerto. El sarraceno se puso a su lado y levantó la maza por encima de su cabeza para asestar el golpe definitivo sobre el caballero cristiano. Pero, entonces, apareció uno de los dos templarios que quedaban a caballo y llegó justo a tiempo de atravesar con su espada al sarraceno por la espalda. Éste emitió un sonido sordo y se arqueó hacia detrás mientras la espada del templario ensartaba su cuerpo. Cuando la sacó, se inclinó hacia delante y cayó muerto sobre el cuerpo del caballero malherido. El sol estaba empezando a ponerse.

El hombre que acababa de entrar avanzaba por la habitación mientras el templario lo seguía con la mirada desde su lecho de paja. Se presentó como Abraham, un judío al que habían pedido que hablase con el templario. Al empezar a hablar, el templario se dio cuenta de que entendía al judío. La excitación por aquello venció a su terrible dolor de cabeza y el templario se levantó, cogió a Abraham fuertemente por los brazos y le empezó a explicar con más desorden que sentido que estaba viviendo una horrible pesadilla de la que quería despertar. Abraham no era capaz de zafarse del templario mientras trataba de indicarle que, como otros muchos judíos, era un estudioso de las lenguas y era capaz de hablar con fluidez distintos idiomas. El templario no escuchaba al judío. Su único afán era poder contar a alguien que le entendiera aquello por lo que estaba pasando. Mientras le explicaba cómo se habían desarrollado los acontecimientos y que no era capaz de recordar nada de su pasado, el templario no se percataba de que apretaba cada vez más los brazos del judío, que se intentaba liberar de aquél desquiciado que no sabía ni su nombre. El templario apretaba los brazos y elevaba el tono de voz, como si eso hiciera que Abraham le fuera comprender mejor. El judío intentaba hacerse oír, pero era imposible. Finalmente, entendió que sólo entre gritos el templario le entendería. De esa manera y cogiendo fuerzas mientras era sujetado por los brazos, Abraham le dijo desesperado al templario que el único motivo por el que era capaz de entenderle era porque le estaba hablando en ¡la lengua de los sarracenos de al-Andalus!

Las palabras del judío cayeron como una losa de piedra sobre el templario, que se quedó callado al instante. Relajó sus manos y soltó los brazos de Abraham. Se sintió mareado a causa de la confusión y fue andando hacia atrás hasta que su espalda topó con la pared. Y en ese momento, en ese preciso momento, su cabeza empezó a desbloquear todo lo que no había podido recordar desde que había despertado en el campo de batalla. Por fin, la señal que estaba esperando había llegado, aunque la realidad que estaba empezando a conocer se presentaba peor que la pesadilla de la que estaba despertando. Las imágenes y las sensaciones vividas empezaron a brotar a borbotones en su cabeza. Empezó a ver con nitidez como estaba tumbado bajo un cadáver, ocultándose para no perder la vida. Vio como el templario que había sido abatido, lograba levantarse aturdido y, sin ser capaz de andar sin tambalearse, se dirigía hacia una paridera que tenía a unos treinta metros, sin duda para recomponerse y mantenerse oculto y seguro. Lo recordó todo. El templario se había dejado la espada en el barro. Aún no era de noche, aunque el sol casi se perdía en el horizonte. Entendió que era su oportunidad. Dejó su espada y se levantó. Sorteando los pocos

combates que seguía habiendo cerca de él, corrió hacia la espada del templario y la cogió. Pesaba mucho más que la suya y, desde luego, era mucho más efectiva. Fue lo más rápido que pudo hacia la paridera. Al entrar, vio al templario sentado en un rincón, tratando de recuperarse. Estaba muy débil y casi no pudo resistirse cuando el sarraceno le indicó con enérgicas señas que se quitase la ropa. Los dos hombres intercambiaron sus vestimentas. El templario, ahora vestido de sarraceno, miró a su enemigo con tal expresión de odio y venganza, que el musulmán notó como se le erizaba el pelo. Más por miedo que por odio, el sarraceno descargó su puño con fuerza sobre la cara del templario, que cayó desplomado al suelo, completamente inconsciente. El sarraceno salió de la paridera con un plan tan desesperado como absurdo. Pensando en el más inmediato corto plazo, creyó que, vestido de templario, sería fácil escabullirse entre los cristianos. Luego, ya vería. Lo importante era salvar su vida en ese momento. Lo que no esperaba era que su plan de salvación le iba a llevar directamente a la condena. En los minutos en los que había estado intercambiándose la ropa con el templario, los enfrentamientos cuerpo a cuerpo que se habían dado en la zona, se habían decantado hacia el lado musulmán. Hasta el punto de que, cuando hubo avanzado unos treinta metros, se dio cuenta de que estaba rodeado de sarracenos y que los cristianos habían retrocedido unos cien o ciento cincuenta metros. Indiscutiblemente, se encontraba en el peor lugar y en el peor momento para estar vestido de templario. No tuvo opción de explicarse. Uno de sus compañeros sarracenos le asestó un brutal golpe en la cabeza, a la altura de la nuca. Empezó a sangrar y cayó de espaldas, hundiendo su cuerpo y su espada en el lodazal. El sarraceno que le había golpeado lo miró con desprecio, cogió con violencia el cuerpo muerto de un cristiano y se lo echó encima.

Lo siguiente que recordaba era despertarse sin saber quién era. Aunque ahora ya lo tenía claro. Su nombre era Rakim. Y era un sarraceno.

Rakim se levantó en su habitación. No le gustaba la nueva etapa en la que había entrado su vida desde que había recuperado la memoria. Se había convertido en un exarico, propiedad de los templarios, a los que tenía que obedecer en todo. Los planes de futuro con los que soñaba se habían hecho añicos para siempre. Estaba vivo, tal y como quería a toda costa, pero el precio había sido muy alto. Su libertad había muerto. Se asomó a la ventana. El sol estaba empezando a aparecer. Es lo único seguro de esta vida. El sol siempre aparece, aunque uno no sabe muy bien dónde va a estar cuando eso suceda.